

45

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



ROSA DE
LEVANTE

POR
Carmen Vianco

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO DISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Telef. 4423 A.

ROSA DE LEVANTE

Adaptación cinematográfica del poema
dramático "La Barca Vella", de Federico
Mihana y Fernanda Miranda

Protagonista: CARMEN VIANCE

Dirección y adaptación: MARIO RONCARONI

Producción LEVANTINA FILMS

Selección "DIAMANTE AZUL"

de

L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66.-BARCELONA

Prohibida la reproducción,
Revisado
por la censura gubernativa.

J. HURTA, Impresor, - Cortes, 719. - Barcelona.

Rosa de Levante

Argumento de la película

Bajo el cielo diáfano y frente al agua zocada del azul Mediterráneo, la playa valenciana vive y sueña, ebria en la luz del sol que fué esclavo del genio de Sorolla, de aquel mago de los pinceles, que supo recoger en su cuadro "La vuelta de pesca", esa orgía de luz y de color que es el supremo encanto de la tierra levantina.

Al principiar nuestra historia, como en la pintura del inmortal Maestro, una vieja barca vuelve a su lecho de oro y espuma, cautiva de

los bueyes mitológicos que la arrastran, hasta dejar su quilla enclavada en la dorada arena.

Aquella vieja barca, que durante años y años había luchado y vencido las encrespadas olas del Mediterráneo, tenía un viejo patrón; el "agüelo" Nina, en cuvas pupilas, quemadas por el aire del mar, se habían reflejado infinitas veces las tristes estrepitosas y las dulces mansedumbres del "Mare Nostrium".

Para el viejo Nina, la única razón de vivir era el amor a su barca y el idolatrado cariño a su Toneta, que en el curso de su vida era el único sol que le alumbraba con el bello resplandor de un cariño inagotable y una dulzura infinita.

Toneta, la hija única del "agüelo" Nina, podía con justicia ostentar el título de Reina de la playa que los pescadores le habían adjudicado. Todos aquellos hombres todos se inclinaban ante ella como reacios vasallos, y muy particularmente Nelet, que había convertido a la compañera de sus juegos de infancia en la encarnación de sus sueños de hombre.

El buen Nelet, después del patrón, era la primera figura de la barca del "agüelo" Nina. Hombre bueno, de una bondad que no por natu-

ral dejaba de ser consciente, tenía siempre una disculpa para todas las flaquezas humanas y era capaz de comprender que en el sacrificio y en el dolor hay a veces un fondo de placer.



Toneta, la hija única del "agüelo" Nina, podía, con justicia, ostentar el título de Reina de la playa...

Amaba a Toneta desde sus primeros años de juventud y, aunque nada le había dicho, comprendía, con dolorosa certidumbre, que ella no

le quería de la misma manera, sino con verdadero cariño de hermanos, que hacía imposible la realización de sus sueños.

Su carácter alegre y bromista había conseguido ocultar a los ojos de todos la sangrante herida de su corazón, menos a Yaya Vaora, su madre adoptiva, que lo había recogido de niño y que con esa clarividencia propia de las madres había descubierto la pena que amargaba la vida de su Nieto.

Todas las tardes, después de las zudas llenas del día, el "agüelo" Nina acariciaba su vieja barca con verdadero cariño fraternal y comprobaba cómo el tiempo, sin piedad alguna, iba poco a poco destruyendo la frágil embarcación, y exclamaba conmovido:

—Batiste, "fil meu", esta "Toneta" y yo acabaremos al mismo tiempo. ¡Pobre barca vieja, de cuerdernas podridas y de lanta que gime al peso del mestrall... ¡Sólo tu patrón, tan viejo como tú, te mira y te acaricia antes de abandonarte, porque teme que acaso mañana tú queden de ti más que unas ruinas en las que terr el viento una oración!

—No cavile más, "agüelo" ¡A todos nos ha de llegar la hora! — le contestaba Batiste, pes-

cado a las órdenes del anciano Nina y cuya alma sencilla e infantil le permitía mirar la vida no como un valle de lágrimas, sino como un jardín de risas.



Batiste, "fil meu", esta "Toneta" y yo acabaremos al mismo tiempo.

Luego, señalando hacia la casa donde vivía el patrón, volvía a decirle:

—¡Alégrese, "agüelo", que por allí viene su "Toneta"... la "Toneta" de carne...

En efecto, todos los días a la caída de la tarde, Toneta vigilaba desde la puerta de su barraca la llegada de las barcas de pesca, y al divisar la que llevaba su nombre, el corazón le sacudía el pecho con el deseo insostenible de abrazar a su padre; y corría a la playa, como el tierno corderillo que busca cobijo en el regazo materno.

Ella no sabía lo que era el cariño de madre, la había perdido cuando todavía no tenía uso de razón y tan solamente en su padre cifraba todo el tesoro de su cariño de hija amantísima.

El viejo Nina, cuando la veía llegar, olvidaba por completo todas sus tristes cavilaciones y salía a su encuentro, para acariciarla con la misma ternura que cuando la dormía en sus brazos, hasta que Batiste exclamaba muchas veces:

—Hombre, basta de ternuras! ¡Que a los demás se nos esté haciendo la boca agua!

Preparaban los pescadores las redes, para el día siguiente, llevándose las que era preciso recoser, y Nalot, cada vez más convencido de que Toneta no dejaría de quererle como a un hermano, volvía, con el pensamiento fijo en ella, hacia su barraca pintada de cal y brea, humil-

de morada de los trabajadores del mar, donde Yaya Vaora esperaba impaciente el regreso del que ahora era único sostén y alegría de la casa.

Junto a la sonriente paz de la playa, donde transcurría la vida austera del pescador, se hallaba la estrepitosa convulsión del puerto, albergue y amparo del chulo licencioso.

Allí, en contraste con la actividad del muelle, un hombre privilegiado, Paco Sevilla, mientras los otros trabajaban, se entretenía en escuchar la vieja canción de las sirenas.

Invitado por varios amigos, se sentó Paco, aquel día, en la terraza de uno de los cafés del puerto, en el preciso momento que pasaban dos lindas muchachas que le hicieron una seña para que se acercara.

Mientras él iba hacia ellas, comentó uno de los amigos:

—Vino y mujeres!... ¡Todo para él!... ¡Buena vida la de Paco Sevilla!



—Vino y mujeres!... ¡Todo para él!... ¡Buena vida la de Paco Sevilla!...

Y cuando éste volvió a la reunión, le preguntó el mismo que acaba de hablar:

—Oye, Paco, ¿por qué no trabajas como nosotros?

—¿Trabajar yo?... ¿Trabajar como vosotros, para morir de hambre? — repuso con gran descaro.

—Ten en cuenta, Paco, que si nosotros trabajamos es porque todavía no hemos aprendido a comer y gastar sin doblar el espinazo, como haces tú.

Aquella contestación hizo surgir en él al verdadero chulo, al matón, que no admite ironías de nadie; y agarrando a su compañero por la solapa de la americana, lo zarandeó a la vez que decía:

—¡Habla claro! ¡Sin tapujos! ¿Qué quieres decir?

Ante la actitud de Paco el otro quedó acobardado y se excusó, diciendo:

—¡Hombre, haz el favor... suéltame! ¡Pues no tomas tú las cosas poco a poco!

Intervinieron los demás y Paco, satisfecho de que su valentía quedase en buen lugar, olvidó el incidente y continuó bebiendo alegremente, como si nada hubiese pasado.



La "Cubana", la "amiga oficial" de un rico armador, tenía en Paco Sevilla el amante que incendiaba el otoño vulgar de su vida. En su idilio con la "Cubana", no buscaba Paco el cariño; buscaba solamente el oro del armador, que le permitía realizar su ideal de vivir sin trabajar y, por eso tan sólo, soportaba con paciencia las exigencias de aquella mujer, que pagaba a peso de oro el fingido cariño de su amante.

Cuando se presentó Paco, hacía bastante tiempo que lo esperaba su amiga, y al verlo le preguntó:

—¿Por qué has tardado tanto, Paco?... ¿No sabes que no vivo cuando no te tengo a mi lado?...

—¿Te crees que no tengo más que hacer que estar siempre contigo? — respondió él, desasiéndose de los brazos de ella—. ¿Sabes de sobra que no soy rico y que tengo que buscarme la vida?

—Pero, tú no me quieres! — exclamó la "Cubana", abrazándolo nuevamente. — Si me quisieras, huirías conmigo, lejos de todo, para ser mío, solamente mío.

—Y del "viejo" ¿qué hacemos, "Cubana"? ¿Lo matamos?

—No te burles, Paco... Huye conmigo... — suplicó ella—. Sólo a mi lado puedes ser feliz, porque yo puedo darte lo que ambicionas... Tengo dinero... Mi dinero, mi vida, todo es tuyo...

Aquello era ya otra cosa, pensó Paco. La "Cubana" había ganado mucho: todos la suponían con bastante dinero y él, a su lado, podría vivir la vida que tanto había deseado, la de gastar y divertirse sin tener que preocuparse de trabajar. Indudablemente, la "Cubana" se ponía en razón y, pensando en ello, procuró indagar las condiciones en que había de reali-

zarse su venta. Y poco a poco fué resistiéndose menos, hasta que, por fin, accedió a los deseos de su amante.



Las casas contiguas de Toneta y Yaya Vaora eran, desde hacía muchos años, una misma casa y sus gentes una misma familia.

Yaya Vaora quería a Toneta como si fuese su hija y ésta la respetaba y quería también como si, a su vez, fuese su madre. Todos los días, cuando los hombres subían del mar y se entregaban al arreglo de las redes, las dos mujeres se entretenían cosiendo la ropa y hablando de los sucesos más interesantes del pueblo.

Desde hacía algún tiempo, Yaya Vaora había notado que algo grave debía ocurrirle a la

muchacha, cuando aquella alegría, tan innata en ella, había ido desapareciendo y su rostro reflejaba una sombra de la tristeza que debía anidar en su alma.

Varias veces intentó indagar el motivo, pero nunca se atrevió, a pesar de la confianza que reinaba entre las dos, hasta que aquella tarde, aprovechando la ausencia del "agüelo", le preguntó:

—¿Qué tienes, Toneta? ¿Por qué estás tan triste?

—Es por mi padre por quien sufro, Yaya... Está ya muy viejo y un día el trabajo me lo va a matar — contestó la joven.

—Eso tiene buen arreglo — repuso intencionadamente Yaya Vaora, conocedora del amor que por la joven sentía Nelet — Piensa que el "agüelo" se ve obligado a traer el pan a casa, porque no hay otro hombre que lo haga. Pero si tú te casaras con un muchacho bueno y trabajador, tu padre podría descansar.

Toneta sabía de sobras que las palabras de la Yaya encerraban un oculto pensamiento. Conocía el amor que Nelet le tenía y antes que desairar a aquel hombre, tan bueno para

ella y su padre, prefirió marcharse a su casa sin contestar a la proposición que se le hacía.

Nelet, que algo apartado de ellas no perdía una sola palabra de la conversación, al ver-



—¿Qué tienes, Toneta! ¿Por qué estás tan triste?

la marchar se acercó a la Yaya y le dijo, a punto de llorar:

—¡Déjela estar, Yaya!... ¡Mi sueño es un imposible!...

—Bueno, hombre, bueno... Pero porque la chica no haya pensado en ti, no pongas esa cara de "degollao", que para eso no te han hecho capitán de "granaeros".

En efecto, Nelet, había sido elegido entre los muchachos para ocupar el puesto de capitán de granaderos en la próxima procesión del Viernes Santo; y su alma, ingenuamente infantil, se sentía orgullosa de tan honrosa distinción.

Ya había buscado el sable y en su loca quimera de enamorado había visto más de una vez, la esbelta figura de su adorada Toneta al lado de un bizarró oficial de granaderos, que tenía la misma cara que él.

Toneta guardaba en el fondo de su corazón, como un tesoro, un dulce secreto de amor: el amor que sentía por Paco Sevilla; y aquella noche, como todas las anteriores, desde que lo conoció, acudió la joven a la playa, donde sabía la esperaba el hombre amado.

A pesar de su vida licenciosa y estéril, Paco Sevilla al lado de Toneta se sentía otro hombre, capaz de los mayores sacrificios; y en esas entrevistas nocturnas, cuando el agua palpitaba en espumas y la noche extendía su manto de doradas estrellas, Paco le hablaba de su amor

y entonces su voz tenía el acento de la verdad, quizás la única de su vida.

La pasión de los dos jóvenes era tan inmensa que, olvidando toda clase de prejuicios



... Paco le hablaba de su amor y entonces su voz tenía el acento de la verdad...

y deberes, se entregaban a ella con la locura propia de dos corazones jóvenes que se aman sin reserva ni desconfianza alguna.

En aquellos momentos, para los dos enamo-

rados no existía más mundo que aquel mar que con el leve susurro de sus olas llevaba hasta ellos el eco de una dulce melodía, ni más cielo que el plateado dovel que los cubría, ni



La pasión de los dos jóvenes era tan inmensa...

más seres que ellos mismos.

—Paco — le decía Toneta, poniendo en sus palabras todo el fuego de su pasión —, esta tarde me lo decía quien bien me quiere... Que debo casarme con un hombre bueno y traba-

jador que libre a mi padre del peso de la barca y traiga el pan a la casa... ¡Yo quiero que tú seas ese hombre!

El también lo había pensado muchas veces, lo pensaba en aquel mismo instante, pero su vida ociosa no le permitía crear un hogar. ¿Sabía él acaso trabajar? Y ante las palabras de la joven sintió todo el peso de su existencia vergonzosa y se sintió indigno de aquel amor puro y leal.

Toneta, sin poder comprender el silencio de Paco, volvió a decirle:

—¡Paco, Paco de mi alma!... Piensa que soy tuya, que tu vida es mi vida, que ya no puedes darme lo que yo te di... Yo sé que eres bueno, Paco. ¿Verdad que vendrás a vivir con el "agüelo"... que te casarás conmigo?... ¿Por qué no me respondes?

—No sé, Toneta — se atrevió a decir él —. No sé qué te encuentre esta noche... Te han cambiado... estás recelosa... ¿Pierdes, acaso, la confianza en mí?

—¡Bien sabes que no, que siempre te he querido, que te quiero, que te querré toda mi vida! — exclamó la muchacha sollozando.

Las lágrimas de Toneta removieron los más

intimos sentimientos de Paco, y atrayendo hacia él a la mujer, exclamó con verdadero anhelo de regeneración:

—Toneta... no llores... no dudes... Yo seré ese hombre... Quiero ser tuyo, ser como tú quieres, salvar mi vida para ti...

También Nelet, impulsado por un anhelo de pueril infantilidad, fué a la playa a ensayar el paso majestuoso de la procesión, que había de ser su triunfo.

Al poco rato, dejóse caer sobre una de las barquillas y con el pensamiento puesto en la mujer adorada, la punta de su sable trazó, inconscientemente, el nombre de ella.

Y mientras Toneta, cerca de él, escuchaba trémula de emoción las palabras amorosas de Paco, el mar, en su indiferencia cruel, iba borrando de la arena el nombre adorado, pero no del corazón de Nelet, que lo tenía clavado como espina punzante...



La Fe, que puebla de imágenes ingenuas y de velas colorinescas los hogares levantinos, tiene en la Semana Santa sus días de exaltación callejera.

La procesión simbólica, pintoresca y primitiva, avanza por las calles del Barrio pescador, llenas de sol marinero y fanática multitud.

Los hombres se visten los mejores trajes y las mujeres y muchachos sacan a relucir todas las galas, que conservaron guardadas para este día en el fondo del cofre.

Toneta, acompañada de un grupo de amigas, salió también a la plaza para ver salir a la

imagen venerada y Nelet, al verla, ostentando su brillante uniforme de granaderos y más envanecido de sus encantos que un pavo real, marcó el airoso paso que tantas veces había ensayado, entre las aclamaciones de los chiquillos.

Se hizo un silencio profundo en la plaza y en medio de aquel ambiente de fanático misticismo asomó la Dolorosa... ¡Dolorosa!... También como en la Virgen, en el alma cándida de Toneta iba a clavarse, en esta hora de gozo popular, uno de los siete puñales de dolor de la Madre de Dios.

Nunca supo quien dió la noticia; tan sólo oyó una voz que decía a sus amigas:

—¿No sabéis la noticia?... ¡Si no se habla de otra cosa!... ¡Paco Sevilla se ha fugado con la "Cubana"!...

La Tierra pareció hundirse: la plaza, las imágenes, todo cuanto había a su alrededor desapareció ante su vista; y Toneta, falta de fuerzas para sostenerse, cayó en brazos de las muchachas que la acompañaban.

El desmayo pasó pronto y la desventurada joven, ahogando el dolor de su corazón, aun tuvo fuerzas para disimularlo y decir:

—No ha sido nada... Sin duda me mareó un poco el calor de la iglesia.

Acompañada de sus amigas, llegó a la puerta de su casa, y haciendo un supremo esfuerzo sonrió agradeciendo a las jóvenes su solicitud y diciéndoles:

—Gracias, muchachas... Dejadme aquí ya... Mi padre se asustaría si se viese entrar conmigo.

Y una vez sola en el patio de su barraca, sola frente a su dolor, cayó la máscara del disimulo y Toneta sintió toda la brutalidad de la vida.

—¡Mal hombre!... ¡Mal hombre!... ¿Qué será de mí?... ¿Qué será de mi pobre vida? — exclamó, cayendo sobre una silla.

Hasta ella llegaba clara e inconfundible la voz de su padre, que enterado de la huida de Paco Sevilla, por Yaya Vacra, le decía a ésta:

—La vida es para todos igual, Yaya... Hoy le hiere a ese armador en su amante... Antes, hace muchos años, me hiere a mí... en mi mujer propia...

—Eso hay que olvidarlo ya, "agüelo" — respondió la Yaya.

—No, Vacra... Esto me quema el corazón,

todavía... Hay escarabajos que no se borran nunca!... ¡Infames!... ¡Malditas!... Yo mataría sin piedad a esas víboras que destruyen los hogares y pisotean las honras!

—¡Dios mío!... ¿Será de mí de quien habla?... ¡Lo sabré todo?... — pensó Toneta, horrorizada de que su padre conociese su falta.

Pero éste siguió hablando y la muchacha prestó de nuevo atención y le oyó decir:

—La mía... la víbora que yo alimentaba, me abandonó... abandonó mi hogar, mi hija... Y sin embargo, ella sabía que era mi vida... la luz de mi casa... ¡Maldita... cien veces maldita!... Una noche volví del mar... ¡Tú lo sabes, Vao-ra!... Mi casa, ¡esta casa, estaba vacía!...

Me acuerdo, Nina — exclamó Yaya Vao-ra — Me acuerdo que la mala me engañó... huyó para siempre dejándome a Toneta en mi falda.

—Más vale que no haya vuelto, Yaya Vao-ra... Así mi hija ha podido creer la mentira de que su madre era buena y de que murió... ¡Lo recuerdas? ¡Juntos hemos reído por ella!...

—¡Era mi madre!... ¡La santa... la buena! — exclamó Toneta, rompiendo a llorar. — ¡Vir-

gen mía! ¡Cuánto dolor y cuánta vergüenza en un instante!...

—Pero Dios es justo, Yaya, y aquella víbora me dio otra santa, esta luz del cielo que es mi Toneta — continuó diciendo el viejo Nina.

El nombre de santa que acababa de darle su padre se le aferró al corazón, y un mandato superior a su voluntad impulsaba a la desgraciada joven a arrojarle a los pies de su padre y confesar toda la verdad. Por fin pudo contenerse y tapándose la cara, avergonzada de sí misma, exclamó:

—¡Santa!... ¡Qué sarcasmo!... ¡Soy mala!... ¡Mala!... ¡Yo también, Dios mío!

Oyó los pasos de su padre que se acercaba; se limpió el llanto de los ojos y salió fuera de la casa, para hacerle creer que llegaba en aquel momento.

Al verla el viejo Nina la abrazó con infinita ternura y a la vez que se miraba en las claras pupilas de su hija, dijo:

—¡Toneta!... ¡Filla!... ¿Cómo has tardado tanto?... ¡Tenía tantas ganas de verte... de mirarte en la puerta de tus ojos!

Una enorme chillería de chiquillos alteró en aquel momento el profundo silencio de la ba-

rraca, Nelet y el gordinflón de Batiste, adelantándose a la procesión querían lucir en la barraca del primero y en la de Nina sus dorados uniformes.

—¡"Ché", Nelet, pareces un rey! — exclamó el viejo patrón.

—¿Y yo? — preguntó Batiste, girando sobre los talones para que pudiesen apreciar todo el garbo de sus ochenta kilos.

—¡Ay, Batiste, "fil meu": eso es línea y "elegancia" y sandunguería! — contestó, riendo, la Yaya.

Toneta había podido engañar a todos, pero a un corazón locamente enamorado como el de Nelet era difícil de engañarlo.

Desde el primer momento, advirtió el joven pescador la tristeza de la muchacha y un vago presentimiento le hizo pensar en que algo doloroso entristecía, en aquellos momentos, el alma de Toneta.

Se esforzaba Toneta en aparentar una alegría que estaba bien lejos de sentir y su sonrisa no era otra cosa que una mueca triste de su dolor.

Nelet observaba todos sus movimientos, sin poder llegar a comprender el drama que empe-

zaba a desarrollarse en la vida de su amada. Era imposible que él, que la creía y adoraba como una santa, pudiera averiguar toda la tragedia que se cernía en aquel hogar, donde las risas y canciones de la alegre muchacha habían puesto, hasta hacía poco tiempo, la nota más risueña de todo el barrio.

El regocijo de aquel día de Viernes Santo que había experimentado Nelet al contemplarse con su reluciente uniforme, se trocó en un inmenso desconsuelo al observar la tristeza de Toneta.

El viejo quiso obsequiar a sus buenos marineros y sacó la botella de aguardiente y le dijo a la muchacha:

—¡Vamos, Toneta! ¡Haz los honores de dueña de la casa!

Llenó la joven las copas del blanco licor y se retiró de la mesa, hasta que Nelet se le acercó ofreciéndole su copa.

—Sí, Nelet; voy a beber — exclamó, sin darse cuenta de lo que hacía—. ¡Hoy es día de alegría!

Sonaron las cornetas, anunciando la proximidad de la procesión, y Batiste y Nelet salieron a ocupar sus puestos, mientras que Toneta, so-

la, al fin, en su cuarto de doncella, pudo dar rienda suelta a la congoja de su alma.

Ahajo, entre las miradas fervorosas de la muchedumbre, la imagen venerada pasaba por la puerta de la barraca de Nina, como una comparación entre el dolor divino y el humano.

Toneta, al verla pasar, cayó de hinojos a los pies de la cama, a la vez que exclamaba, abogada por los sollozos:

¡Virgen de los Dolores!... ¡Dolorece!...
¡Quién más dolorosa que yo!...



Amanecía en el mar e iba haciéndose rosa la blanquecina luz de la alborada, indiferente a los pequeños dramas de los hombres.

De las techumbres de paja de las barracas salían las bandadas de gorriotes, como un tropel de chiquillos perseguidos, y los largos cañaverales empezaban a estremecerse bajo los primeros juguetones de estos granujillas del aire que todo lo alborotan con el roce de su plumón y oscuro plumaje.

El espacio se empapaba de luz: disolvíanse las sombras de la noche como tragadas por las

olas y en la inderisa neblina del amanecer iban fijando sus contornos húmedos y brillantes las barcas, dispuestas para emprender la faena del nuevo día.

La vida, que con la luz inundaba la playa, iba penetrando en el interior de barracas y alquerías. Resonaban las puertas al abrirse y bajo los emparrados se veían las blancas camisas de los marineros que se desesperaban morando el iluminado horizonte.

El espacio se había limpiado de tenues nubarrones y por las azuladas aguas del mar cruzaban rápidas las gaviotas, con la alegría de vivir un día más.

En el camino que conducía de las barracas a la playa, cruzábanse las familias de los pescadores y se daban el consabido y rutinario

—“Bon día noe done Deu”.

Tras este saludo, cambiado con toda la gravedad de una gente que como aquella conservaba todavía en sus venas vestigios de sangre moruna, hacíase el silencio o se cambiaban impresiones sobre el aspecto que ofrecía el mar.

De la barraca de Nina salieron éste y Toneta, y de la suya Nelet con Yaya Vaora. Los cuatro se encaminaron donde reposaba la vieja bar-

ca y Toneta, al tiempo de despedirse, volvió a repetirle a su padre el diario consejo:

—Créame, padre, no se cansa allá en el mar... Deje que trabajen los otros, que son más jóvenes que usted...

Mientras, al otro lado de la barca, Nelet decía a su madre adoptiva:

—Yaya, algo le sucede a Toneta... Ya no se rie como antes. ¿Qué es lo que tiene?

—Lo que tú quieres, Nelet, es saber por qué no te quiero — respondió la anciana para quitarle importancia a la tristeza de la joven, que también a ella empezaba a preocuparle.

—¿Para qué, Yaya? — contestó decepcionado el marino — Es el mío un cariño sin esperanza... Pero quiero verla reír, quiero verla contenta como siempre, aunque mi remotamente piense en mí.

La barca estaba lista para hacerse a la mar y los mismos bueyes que la tarde anterior la arrastraron a su cama de arena volvían a sumergirla en el agua para que fuese en busca del pan de varios hogares.

Al poco rato, la albura de sus velas, hinchadas por la fresca brisa de la mañana, se perdía en la inmensidad del horizonte.

La vieja barca, la de débil vientre, carcomido por el transcurso del tiempo y el diario batallar con las olas, que acaso no resistiría el asalto bravucón y juvenil del mar, avanzaba sin temor, como un viejo caballo de guerra que oye a lo lejos el clarín del combate.

Yaya Vaora y Toneta emprendieron el regreso a la barraca. La muchacha, ensimismada en sus tristes pensamientos, casi contestaba con monosílabos a las palabras de la Yaya, que le decía:

—Tú tienes algo, "filla", algo que quieres ocultar. ¿Por qué no eres franca conmigo?

—¿Qué quiere usted que tenga, Yaya? ¡Nada!... No tengo ganas de hablar, y eso es todo.

Cuando llegó a su casa, alarmada por las preguntas de la Yaya, se miró en el medio palmo de cristal con azogue y marco de pino barnizado que le regaló su padre, espejo en el que casi no cabía la cara, y exclamó sollozando:

—¿Será posible, Dios mío? ¿Será posible que en mi cara se lea mi vergüenza?

Le preguntaban qué tenía... ¡Infeliz! Bajo su corazón, otro pequeño corazón comenzaba a latir... Iba a ser madre... ¡Madre y Dolrosa, como aquella Virgen que tanto veneraba!

Cogió el retrato de su padre y, besándolo con

loco frenesí, se puso a hablar con él, diciéndole:

—¡Padre!... ¡Viejo mío! De rodillas te lo confesaría todo, pero sé que la pena y la vergüenza te matarían... ¡No... no quiero que sepas que soy mala... como mi madre!

Y deshecha por el llanto que ahogaba sus palabras, se arrojó sobre la cama, sin poder contener por más tiempo el dolor de su vida.

En el mar, la vieja barca con sus tripulantes iba llenándose del delicioso manjar marino, y el "agüelo" Nina, ajeno al dolor que en aquellos momentos sufría su hija, exclamó:

—Me pitan los oídos, Nelet. ¿Quién estará hablando de mí?

—¿Quién va a ser, "agüelo"? ¡Toneta!

Al recuerdo de la hija adorada, el anciano patrón sonrió bonachonamente, saboreando de antemano las caricias que para él le tenía reservadas su Toneta; y Nelet volvió a pensar en la pena que tenía su amada y que él, a pesar de su amor, no podía mitigar.



Mientras tanto, en una ciudad remota, Paco Sevilla y la "Cubana" ponían el epílogo a su torpe aventura. El amor fugaz de los sentidos había terminado. Lo que quedaba era una triste parodia, que el hombre quería terminar a toda costa, para recobrar su libertad. Ahora, en medio de los vapores del alcohol en que quería ahogar los gritos de su conciencia, Paco Sevilla sentía la nostalgia del miel, del mar de su tierra... y sus ojos añoraban el viejo callejón donde vivía su Toneta.

La "Cubana" se volvía cada vez más exigente y al ver que Paco bebía sin medida le ordenó imperiosa:

—¡No bebas más!

—¡Déjame! — contestó él deshaciéndose de ella — ¡Bebo porque quiero... porque me da la gana! ¿Quién eres tú para impedírmelo?

—¿Que quién soy yo?... ¡Pues soy la dueña del dinero... la que está harta de soportar desplantas tuyas y no te tolera ni uno más!

—¡Por fin chillas, Cubana!... Así me gusta verte... ¡Porque te odio!... ¡Porque no quiero tú

dinero ni tu compañía!... ¡A ver si al fin me dejas en paz!

—Pues te dejo. ¡Se acabó! Pero de esto no seré yo la que se acuerde...

Y Paco Sevilla, desde aquel momento se vió libre de los dorados tentáculos de aquella mujer, que con su funesto capricho había deshecho, tal vez para siempre, la vida de un hombre que hubiera llegado a regenerarse por completo con el amor de Toneta.



Aquella noche, nubes cárdenas cabalgaban por el aire y rugía el mar en la negra oscuridad de los cielos... El viento entrando por las mal encajadas tablas de la barraca, hizo exclamar al anciano Nina:

—¡Levante!... ¡Mala noche para los que se lieron al mar, Nelet! ¡Recemos por ellos!...

Pero Nelet en vez de contestar, a una seña de Toneta se acercó a ella y le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Nelet, tengo que hablarte — contestó la joven en voz baja—. Yo sé que eres como un

hermano... como un buen hermano para nosotros...

—Y no te engañas, Toneta. Conmigo puedes contar para todo; pero, ¿qué te pasa?

—No es de mí de quien quiero hablarte, es de mi padre. Si "algo" sucediese, me pido que cuides, que no abandones al pobre "aguelo"... Trátale con el mismo cariño que si fueses su hijo.

—Pero, Toneta... ¿qué quieres decirme?

—Nada, no, no te asustes... digo tonterías... Es la noche que me llena de miedo.



Toneta había decidido buscar en la muerte el final de su dolor. Y en su cuarto, en el adiós definitivo a todas las cosas queridas que rodearon sus buenos sueños, vertía la inmensa amargura de su alma.

Todo aquello le recordaba sus primeros años de niña. Cada objeto era un día de su existencia con sus dolores, sus penas, sus alegrías... ¡Cuántas veces, al encerrarse en aquel mismo cuarto, albergue de todas sus ilusiones, había

soñado despierta con el amor de Paco! Con aquel miserable, que había sabido pintarle con los colores más atraentes y con las más deliciosas palabras de un fingido amor, aquella fu-



Toneta había decidido buscar en la muerte el final de su dolor.

nesta pasión, y que al sentir la responsabilidad de su acción huía como un cobarde. ¡Cómo le odiaba en aquel momento supremo de su vida! Le parecía mentira que ella hubiera podido creer

con tan desmedida oscurera sus juramentos y promesas, sin adivinar toda la inhumana maldad que encerraba el alma de aquel monstruo.

El final de la tragedia se acercaba. Hasta entonces había podido ocultar su falta. De allí en adelante todos la señalarían y Toneta, la Reina de la playa, la que tantas veces había paseado orgullosa entre los mozos y muchachas del barrio, tendría que bajar la cabeza avergonzada, ante las miradas acusadoras de la gente. Su mismo padre moriría de vergüenza, maldiciendo a la hija infame que había manchado con su deshonra las nobles canas del "agüelo". Antes que esto sucediera prefería la muerte mil veces.

Se arrodilló ante la imagen de la Dolorosa y su corazón, más que sus labios, movió una plegaria de arrepentimiento y de perdón.

—¡Perdón, Virgencita mía, perdón! — suplicó anegada en llanto la desdichada joven.

Antes de ganar la puerta de la casa, otro nuevo dolor, el más amargo de todos, aguardaba a la que había renunciado a la vida.

Su padre dormía tranquilamente en el patio, con ese sueño dulce y tranquilo de una conciencia que no tiene nada que reprocharse.

Al verlo, el corazón de Toneta era incapaz

de sostener sus fuertes latidos. Cayó de rodillas a sus pies y besándole con infinita ternura la punta de su toca chaqueta, para no despertarlo, se despidió de él para siempre.

—Duerme, viejo mío... viejo santo... duerme... Que nada te despierte... Mañana llorarás a tu hija muerta... la buena, la santa... y en tu alma le levantarás un altar...

Algo como un presentimiento llevó a Nelet, aquella noche, a rondar la casa de Toneta y, al verla salir, la siguió procurando no ser visto por ella.

La desgraciada joven caminaba resuelta, decidida, segura de encontrar en las amargas aguas del embravecido mar la única paz de su alma.

Detrás de ella iba Nelet, tan cerca, que si la infeliz hubiera vuelto la cabeza no habría tenido tiempo de ocultarse.

Sobre las olas, furioso, enloquecido, cantaba el abismo su balada frenética... Era la Muerte que llamaba y a ella se arrojó Toneta sin temor.

Pero en el momento supremo, unos brazos de hierro la sujetaron y la muchacha, inmóvil ante la superioridad de la fuerza, gritó desesperada:

—¡No quiero vivir! ¡Soltadme! ¡Dejadme!

—¡Calla, Toneta! ¡Soy yo!... ¿Qué locura ibas a cometer? — contestó Nelet, arrastrándola fuera de aquel lugar, donde el maleficio del mar la llamaba todavía.

Comprendía que el corazón de la joven tenía necesidad de desahogar toda la amargura que albergaba y la dejó llorar un rato, hasta que al fin le dijo cariñosamente:

—¡Vámonos, no llores más, Toneta! ¡Todo ha sido un mal sueño, del que has despertado a tiempo!

—¡No, Nelet! — exclamó Toneta, sintiéndose al fin con fuerzas para confesar su delito—. ¡No me mires así... con esa mirada de cariño y de perdón!... Nada merezco... Soy mala... os he engañado a todos... ¡La única verdad que hay en mi vida es mi deshonra!... Dentro de mí late otra vida... ¿sabes, Nelet?... otra vida que mancha la mía...

—Entonces... ¿era verdad lo que ni siquiera me atrevía a sospechar? — preguntó Nelet sintiendo su corazón desgarrarse por el dolor—. Pero él... ¡El!... ¿Dónde está ese hombre? ¡Dímelo, Toneta! ¿Quién es? ¿Dónde está?

—¡Sé yo, acaso, dónde está? — respondió

con amargura—. Lo único que sé, es que está lejos, con otra mujer... con la "Cubana".

¿De modo que ese catalla es Paco... Paco Sevilla? — gruñó amenazador Nelet. Y luego, dulcificando su acento continuó diciendo: — ¡Y tú... mi Virgen... mi reina... creíste a ese descastado, a ese perro de puerto!

—Sí... le creí... le quise... ¡como una loca... con toda mi alma! Sabía que era malo... tenía el presentimiento de que me haría desgraciada, pero esperaba poder llevarle al buen camino...

—Y ahora, ¿le quieres todavía?

—¡Ahora le aborrezco! ¡Le odio tanto como le quise antes!

Y ante aquel dolor tan profundamente humano, Nelet, bueno entre los buenos, sintió la tristeza de haber acusado antes de perdonar. Por fin, acarició dulcemente a la joven y exclamó:

No te apures; todo se arreglará.

—Pero, ¿y mi padre? ¿Cómo decirle la verdad? ¿Cómo evitarle esta pena tan grande? — preguntó angustiada Toneta.

—Tu padre no sabrá nada. Ya buscaremos un pretexto... un pequeño viaje... Entre Yaya Maora y yo encontraremos el medio de que nadie se entere. Sé razonable, criatura, ¿Es que no

piensas en tu hijo? Tienes que vivir para él. Será un pequeño granadero... Ya lo verás conmigo, con Nelet, con el capitán.

Había conseguido con su broma hacerla sonreír, y levantándola dulcemente le dijo:

—Anda, vámonos a casa; la pesadilla ha pasado. Mañana, ¡Dios dirá!

—¡Nelet... mi buen Nelet!... — exclamó Toneta emocionada—. ¡Nunca podré pagarte lo que esta noche has hecho por mí!

—Anda, anda, romancera... Vámonos, que la noche está fresquita.

Y contento de haber salvado a la mujer adorada, Nelet dejó a la joven en su casa y marchó hacia su barraca, pensando en los medios de conjurar el peligro que amenazaba a Toneta.



El "agüelo" Nina cayó al fin; el sol llameante del Sur quemó sus pobres ojos cansados. Ahora era el buen Nelet, abnegado y alegre, quien llevaba al mar la barca y el pan al hogar.

Había cumplido su promesa. Ni unos ojos ni un pensamiento penetraron el secreto de Tone-

ta. El hijo del pecado, en una masía lejana era cuidado maternalmente por la hermana del bonachón de Batista.

Acompañada de Yaya Vaura, Toneta visitaba con frecuencia a su hijo en la masía, y aquellos momentos eran para ella el único rayo de sol que iluminaba su existencia. Ante la verdad de aquel hijo que llenaba su vida, recordaba aquellos días, ya lejanos, en que sufría al ver los hijos de los demás.

Ya tenía su vida una razón. Aquel pedazo de su alma, carne de su carne, era la verdadera felicidad. ¿Qué le importaban las penas pasadas y los sufrimientos, cuando al tener a su hijo en brazos, al sonreírle con la inocencia propia de su almita de niño, entreveía ella en aquella dulce sonrisa la felicidad de una gloria verdadera, de una dicha jamás sentida ni adivinada? Las horas que pasaba a su lado le parecían rápidos minutos. Al ir, sus pies caminaban ligeros como si quisieran acortar la distancia que separaba su casa de la masía; en cambio, ¡qué triste y doloroso el retorno! Con cuánta ansia esperaba el momento de volverlo a ver, de comérselo a besos y estrecharlo contra su pecho, como protegiéndolo de un peli-

gro invisible! Ya no le importaba la murmuración de la gente; si no hubiera sido por Nelet y Yaya Vaura, no se separaría de él un instante y despreciando al mundo entero habría exclamado:



También para Nelet eran momentos de fiesta...

—¡Es mi hijo, sí! ¡Nada me importaís vosotros, puesto que Dios me ha concedido la felicidad de llamarlo niño!

Con su hijo en brazos se sentía capaz de des-

añar los mayores peligros y exclamaba orgullosa:

—¡Mi hijo! ¡Nadie manda en su vida!... Y puedo estrujarle, abrazarle, besarle... porque es mío... ¡mío! ¡Mi vida! ¡Mi rey!!

Y muchas veces, al contemplar a su hijo, en su mirada temblaba la mirada del ausente. Toneta, a su pesar, la sentía, la buscaba, no sabía si con ansia o con miedo... También para Nelet eran momentos de fiesta aquellos en que tenía en sus brazos el hijo de la mujer amada, y como si fuera suyo propio quería que le llamase "papá".

—Dí papá, monín... Papá... Papá

Pero el chiquillo, en su inconsciencia, no hacía otra cosa que poner sus manitas gorditas sobre la cara de Nelet, jugando con aquel rostro que le era conocido.

¡Cuántas veces, al tener sobre sus rodillas al hijo de Toneta, pensó el pobre pescador:

—¡Papá!... ¡Padre! ¿Me lo dirá algún día?



Libre, por fin, de los brazos de la "Cubana", Paco Sevilla volvió al serruño, desempeñando

en un barco mercante un modesto puesto de fogonero.

Un día, el barco donde viajaba llegó al puerto de Valencia, y al poner el pie en tierra Paco Sevilla no tuvo más que un deseo: volver a ver a Toneta, aun exponiéndose a que le echara en cara su traición.

Aquella misma tarde se encaminó a la barraca de Nina y al llegar a la puerta escuchó la voz de Yaya Vaca que decía:

—Hoy es viernes, Toneta... El domingo volveremos a la masía... ¡Tres días aún!

Sacó la joven un dije que llevaba en el pecho y exclamó al ver el retrato de su hijo:

—¡"Reyet"! ¡

Y lo besó con suprema dulzura.

Paco tuvo que ocultarse para dejar salir a Yaya Vaca, sin ser visto y, una vez que ésta hubo desaparecido, entró en la barraca exclamando:

—¡Toneta! ¿No me conoces?... ¡Toneta mía! ¡Me parece mentira verme otra vez a tu lado!

Pero... ¿era posible lo que veía? ¡Aquel hombre había sido capaz de volver, después de su crimen! Y Toneta, ante el asombro que le pro-

dujo su presencia, le señaló la puerta diciéndole:

— ¡Tú!... ¿Eres tú? ¡Vete!... No quiero verte! ¡No me hables! ¡No me mires! ¡Me das frío...



— ¡Es mentira lo que dices, es mentira! asco!... ¡Vete!

— ¡Es mentira lo que dices, es mentira! — contestó él forcejeando con ella — ¿Sabes por qué he venido, Toneta?... ¡Porque no podía vivir sin ti... porque te quiero como antes... mucho más que antes!...

— ¡Dices que me quieres!... ¿Todavía te parece poco el daño que me has hecho?

— Comprendo, Toneta — murmuró él intencionadamente — Comprendo que aquí estorbé. Ya me han dicho que esta casa tiene un "amo"... Nelet.

— ¡Calla! — gritó Toneta fuera de sí, al ver que intentaba ofender la bondad de Nelet — De ese hombre ni una palabra... ¿sabes? Si no me he matado... si mi padre come, si esta casa se respeta, es por él... ¡por Nelet! y si tu hijo, ¡mi hijo! vive, es también por él.

La palabra hijo fué directa al corazón de Paco, que arrepentido de su primer impulso exclamó:

— ¡Un hijo!... ¡Mílo!...

Y al ver el dije que pendía del cuello de la madre, suplicó humilde:

— ¡Toneta! ¡Dame ese retrato!

En aquel instante, se abrió la puerta del patio y entró de nuevo Yaya Vaora, que al ver a Paco Sevilla se encaró con él diciéndole:

— ¡Qué vienes a buscar a esta casa, ladrón de honras! ¡Aquí no hay nada más que robar! ¡Ya te llevaste lo tuyo... y si más quieres, pídemelo a mí... a Yaya Vaora!

—¡Yo no soy un hombre malo, Yaya Vaora! ¡Lo juro! —replicó con sinceridad Paco—. ¡Soy un loco!... Debí haberme quedado lejos... no venir nunca.



¡Toneta!... ¡Dame ese retrato!

Y mientras Paco se alejaba, sin la más leve protesta, sin ninguno de aquellos antiguos desplantes, que tanta fama le habían valido, desgraciadamente, Toneta, abrazada a la Yaya, lloraba diciéndole:

—¡Yaya, Yaya Vaora! ¿Por qué ha vuelto?

Y en su corazón de madre amante y de mujer enamorada y ofendida, se libraba en aquellos momentos la lucha más terrible de su vida.

Durante la ausencia de Paco creyó odiarle; pero ahora, al tenerle de nuevo junto a ella sumiso y atrepetido, olvidaba sus dolores pasados, las penas sufridas por él, y el amor, que ella pensó había desaparecido para siempre, aparecía con mayor pujanza, con esa fuerza imperiosa de un alma sumida en la desgracia y que vislumbra la probabilidad de una futura felicidad, acariciada durante largo tiempo.

Paco Sevilla había sido su único amor; le había dado el mayor tesoro que una mujer puede poseer y era imposible que ella pudiera abandonarle.

Temerosa de que Yaya Vaora descubriera la íntima lucha de sus encontrados sentimientos, ocultó la cara entre sus manos y al cabo de un rato volvió a exclamar con doloroso acento:

—¡Yaya Vaora! ¿Por qué ha vuelto?



Nelet no tardó en conocer la visita de Paco y unas horas después los dos hombres se encontraban frente a frente. La hora de las explica-

ciones había sonado y Nelet estaba dispuesto a todo, antes que nadie pudiera alterar la felicidad de la madre mártir, de la madre santa, que tanto había sufrido y que ahora empezaba a gozar el placer de la maternidad.



Era triste, amarga la ceguera del "agüelo" Nina...

Era triste, amarga la ceguera del "agüelo" Nina, pero ella le permitía estar fuera del drama que otra vez se cernía sobre su hogar.

Sin cambiar una sola palabra, Paco y Nelet

se internaron en uno de los solitarios muelles y allí, los dos solos, sin testigos de nadie, iban a franquear sus almas en el silencio absoluto de la noche.

El arrepentimiento de Paco era verdad. Comprendía que todo había arado entre él y Toneta y caminaba con la misma tristeza que un río que acaba de oír su sentencia de muerte.

—¡Oye, Paco Sevilla! — exclamó por fin Nelet, deteniéndose—. Si has venido para hacer sufrir a Toneta, como hay Dios te juro que te mato sin compasión.

No hace falta que amenazas, Nelet — repuso el antiguo chulo—. Lo que has hecho por ella, lo que has hecho por mi hijo te da derecho a todo...

—¡A nadie le importa lo que yo hice! — le atajó el pescador—. Lo que yo deseo saber es lo que tú piensas hacer...

—Te juro que me voy para no volver nunca, Nelet... ¡Pero antes, una sola vez, enséñame a mi hijo... que lo pueda tener siquiera un momento en mis brazos! ¡Una vez tan sólo!

—Si es verdad lo que dices, Paco, yo te prometo que verás al niño.

Y Paco, verdaderamente arrepentido de su vi-

da pasada, agradecido a la bondad de aquel corazón sublime, besó con humilde veneración la mano de aquel hombre que supo enmendar el error que él había cometido.

Aquella misma noche, solo Nelet con Toneta, le daba cuenta de la entrevista que había tenido con Paco Sevilla y le decía:

—He hablado con Paco... Dice que quiere ver al chico una sola vez. Después se irá para no volver más... Pero, escúchame, Toneta; si quisiera despedirse de ti, tener contigo una entrevista, ¿qué he de decirle?

—No sé, Nelet... Ya no sé nada — y en esta respuesta vió claro Nelet que Toneta, a pesar de todo, seguía amando al padre de su hijo. Después de todo era natural; había sido suya una vez y lo sería nuevamente al primer soplo de aire que reanoviera las cenizas de su corazón, donde se escondía el fuego de aquella desgraciada pasión.

Cuando volvió a quedarse solo llamó a Yaya Vaura y le dijo sin poder ocultar la pena que le trondaba el alma:

—¡Ella le quiere... le quiere aún, Yaya! Mañana tarde irá a la masía con Paco Sevilla. Tú encárgate de llevar a Toneta.

Al otro día, cumpliendo su promesa, Nelet llevó a Paco a la masía y entregándole su hijo exclamó:

—Este es tu hijo. ¡Eres su padre! ¡Tú lo eres todo!



—No sé, Nelet... Ya no sé nada.

El niño, como si conociese a Paco de toda la vida, se dejó coger sin temor por su padre y empezó a jugar y sonreírle angelicamente.

Hasta entonces no había podido comprender

Paco todo el valor de una vida honrada. En aquel instante, al mirarse en la clara mirada de su hijo, su vida pasada se esfumaba como una pesadilla angustiosa, y un nuevo horizonte de paz y de trabajo le acria, ofreciéndole la delicia de sentirse llamar padre. ¡Pero todo aquello era ya un imposible! El daño estaba hecho y él, único culpable, debía sufrir con paciencia aquel castigo de verse alejado de los seres queridos.

Había llegado la hora de abandonar la masía y Paco, abrazando a su hijo, en un transporte de vehemente cariño exclamó:

—¡Adiós, hijo mío! Adiós para siempre!

A lo lejos del camino que conducía a la masía adivinó, más que vió Nelet, a Toneta y a la Yaya; y acercándose a Paco tomó de sus brazos a la criatura y le dijo, a la vez que lo hacía pasar a dentro:

—Ven conmigo y espérame aquí.

Momentos después llegó Toneta, y Nelet, entregándole el paqueto, le dijo:

—Paco estuvo aquí, Toneta... Vió a su hijo y se ha ido para cumplir su promesa de no volver más.

Toneta sintió descargarse el corazón: El amor de toda su vida se iba para siempre, y fué tan

dolorosa la expresión de su rostro que Nelet comprendió.

Había podido leer claro en el corazón de Toneta, había visto que necesitaba para vivir la sombra protectora del padre de su hijo. Y fué entonces cuando el pescador, guardando su amor para siempre en lo más profundo de su alma, entró en la masía para decirle a Paco:

—Allí la tienes... Te quiere... Fué tuya y es tuya todavía.

Sin voluntad propia, guiado tan sólo por su corazón, corrió Paco a los pies de Toneta suplicando:

—Perdón, Toneta. ¡Mi Toneta!... ¡Mi Virgen!... ¡Mi vida!...

Y ella perdonó. ¿Cómo no? ¡Si su vida era también él!

Por fin aquellas dos almas que habían nacido para amarse, gracias al doloroso sacrificio de un noble corazón que posponía la felicidad propia a la ajena, volvían a encontrarse después de una dolorosa y triste jornada para no separarse jamás.

En adelante, nada en el mundo podría desviarlas del camino que iban a emprender. Por un hilo las unía la fuerza de su pasión, que

sin la vehemencia de los primeros momentos era más firme puesto que el dolor había pasado por ella sin destruirla. Por otro, aquel ángel que sonreía en el regazo materno a las caricias del padre los enlazaba con sus débiles bracitos



Y ella perdonó. ¿Cómo no? ¡Si su vida era él con más fuerza que la más sólida cadena de gruesos eslabones.

Apartado del grupo, Neler, el bueno entre los buenos, sonreía entre lágrimas, satisfecho de su acción.

Los últimos ruiseñores, cansados de animar con sus trinos aquella tarde de otoño que por su tibieza parecía de primavera, lanzaban el gorjeo final, como si su canto fuera un himno celestial que bendecía los corazones.

Moría la tarde; la huerta valenciana se dormía lentamente y sus hosteros eran cada vez más ruidosos. Los campanarios de los pueblecitos devolvían con melancólico badajeo el toque de oración que sonaba a lo lejos, en las torres de Valencia, esfumadas por la distancia, y la fresca caricia de la brisa de la tarde, cargada del delicioso perfume de una exuberante vegetación, ensanchaba el pecho y hacía bendecir al Todopoderoso que había creado tanta belleza.

Habían transcurrido varios días y el viejo Nima ignoraba aún todo el drama que había cruzado como una sombra fantástica por su hogar, hasta que una tarde, frente al mar, aquel mar en el que tantas veces había soñado, el buen Neler, clavándose la espina final de su martirio, llevó la paz al hogar del "agüelo".

Al lado de la vieja barca, Neler explicó a su viejo patrón toda la tragedia de los tristes años

res de su hija y el final que éstos habían tenido. Era preciso casarlos y perdonar la falta que habían purgado con exceso.

Al principio, el nombre de Paco Sevilla indignó al "agüelo", pero Nelet, llevando hasta el final el sacrificio de su amor, consiguió convencerlo por completo.

Al lado de ellos Toneta y Paco esperaban, con su hijo, el momento de acercarse al viejo marino, y a una señal de Nelet se arrojaron a sus brazos. El viejo Nina atrajo hacia sí a sus dos hijos y con un abrazo paternal los unió para siempre.

Pidió luego a su nieto y colocándolo sobre su barca exclamó:

—Nieto del "agüelo Nina!... ¡Que el viento del mar te bendiga y que la luz del sol te haga ser bueno!... ¡Que te dé pan mi barca vieja y te la cruz valenciana de la vela!... ¡Sangre mía!... ¡Hijo mío!...

Todo en aquel grupo era alegría y dicha. Nelet, un poco apartado, sorbía sus lágrimas, más amargas que el agua del mar, y como todas las almas buenas que realizan el bien por amor al bien mismo sin esperanza de recompensa, encontraba en su recto proceder fuerzas suficientes

para vencer el intenso dolor que le causaba la pérdida de sus sueños de felicidad.

La alegría es egoísta; así como después de haber comido nos parece imposible que puedan sentir hambre los demás, así también Paco y



El viejo Nina atrajo hacia sí a sus dos hijos... Toneta, conseguido el perdón y con él la dicha, que sólo debían a Nelet, no se preocuparon poco ni mucho del dolor de éste.

Mirábanse arrobados uno a otro, convergiendo después en el hijo las miradas de ambos. En

lo sucesivo el nene sería para ellos su ilusión, su esperanza; para él serían los mimos y los regalos, y su sonrisa inocente sería la antorcha que mantendría siempre viva la llama en el altar del amor.

Sus manecitas tiernas habían logrado el milagro de atraer a Paco y ellas serían también las que, al alzarse implorantes o rogarle acariiciadoras, le harían permanecer al lado de su esposa, haciéndole sentir el amor de padre y esposo y el dulce calor del hogar.

Quizá pasado algún tiempo, cuando la intensa satisfacción del momento les hiciera ver el gran sacrificio de Nelet, reconocerían los dos cuánto le debían. Por el momento, sólo el "agüello" Nina, más viejo y por lo tanto más conocedor del corazón humano, había sabido apreciar la grandeza de alma que el mozo encerraba en su cuerpo.

FIN

No olvide que el día 9 aparecerá

MIGUEL STROGOFF

o El Correo del Zar

(Ediciones especiales de La Novela Semanal Cinematográfica)

